

es un discurso, ni una teoría, ni un análisis: es un grito. Un grito que denuncia, condena, desvela, informa y avisa. Un grito capaz de poner la carne de gallina, sí, pero capaz también de movillar las conciencias no sólo contra algo, sino también por algo. Por una nueva Internacional que represente "los derechos a la multiplicidad, a la creatividad y a la belleza". Por la libertad, la solidaridad y la comunidad. Un libro, por tanto, escrito con pasión y emoción, cordial talante. Pero pasión y emoción no están aquí, como en ningún escrito ecologista, reñidas con la razón. Por el contrario, como ha escrito muy justamente Manuel Sacristán (2),

el sentimiento con que los grupos ecologistas defienden la verdad es más racional que la tibieza con que los "razonables" y los "realistas" propugnan lo falso. Su cólera no empaña la verdad, sino que, al revés, clarifica y desvela las múltiples dimensiones y diversos rostros del horror nuclear. Por primera vez, un horror que gravita en el colectivo total de ciudadanos. Pues se ha producido, con la fisión nuclear, un salto cualitativo en la violencia:

(2) Refiriéndose a los publicistas que rechazan en sus artículos editoriales la "pasión y la emoción" de los grupos ecologistas y antinucleares. "Mientras tanto", Comunicación a las Jornadas de Ecología y Política.

de la violencia contra enemigos militares a la violencia contra los propios ciudadanos. Un horror, en fin, que puede perdurar durante décadas, siglos e incluso milenios. Que no sólo destruye el presente, sino que hipoteca el futuro.

Por lo demás, y por si esto no bastara, el Estado nuclear está fatalmente abocado, cada vez más, a coartar las libertades. La escalada nuclear lleva consigo el estado nuclear totalitario. El factor plu (plutonio) "sería la más decisiva legitimación de las ya existentes medidas de vigilancia de las comisiones y las instancias estatales". No sólo es el ambiente lo que se envenena: también el



Central nuclear de Zorita.

clima ciudadano. Porque un país que escoge el camino de la industria nuclear está condenado a convertirse en un "Estado fuerte". Sucede, pues, que la cuestión atómica va más allá de sus presupuestos de partida. Porque el debate no sólo se relaciona con la forma del futuro abastecimiento energético, sino también con la forma del futuro dominio político. De ahí la importancia del movimiento ecológico. La ruptura del sistema en plaza, de producirse, y si todavía es posible hurtar al mundo el destino de estercolero al que aceleradamente se encamina, pasa por ese meridiano. La política revolucionaria del futuro o se amasa ahí o deja de ser tal para continuar siendo aquello en que hoy se ha convertido: patético anacronismo, triste socialdemocracia, impotente reformismo. No parece que haya otro espacio social donde puedan reunirse, asumiendo las antiguas y maltrechas banderas, condiciones objetivas y subjetivas capaces de movilizar las masas del futuro y de variar el rumbo histórico, suicida rumbo. Capaces de repolitizar una política, la de la actual izquierda occidental, sólo posible por la despolitización desencantada y generadora ella misma de tasas de despolitización cada vez mayores. Parece inútil insistir, en estos momentos, sobre la importancia y gravedad, sobre la inapelable urgencia de la reflexión sobre ese nuevo "qué hacer". Algo muy distinto, en todo caso, de las mercaderías, tan averiadas como consensuales, que hoy se nos vende en cada vez más arcaicas tiendas.

Incitar a la reflexión sobre todo esto no es uno de los menores méritos de este libro. ■ FRANCISCO DIEZ DEL CORRAL.

## CULTURA A LA CONTRA

### De niños y mayores

**N**O creo, y nunca he creído, en la división natural de la especie humana en grupos opuestos, sean sexuales o generacionales, que se hayan de pelear en una especie de lucha similar a la llamada "lucha de clases". Concretando: el conflicto generacional —o el sexual, pero es el otro el que me ocupa ahora— me parece uno de esos inventos destinados tan sólo a dividir más y en más grupos contrapuestos a los humanos, para ser más fácilmente dominados por un grupito reducido y listísimo. Se crean barreras sin cesar, y ésta es una de ellas. Ahora bien: no por ser imaginarias dejan las etiquetas —"jóvenes", "viejos", "mujeres", "hombres", "homosexuales"...— que nos ponen de cumplir su función definiendo, delimitando y separando: los inventos funcionan bastante bien, y en buen acuerdo con quienes los crean y utilizan. Al igual que los no menos inventados dioses, los adjetivos que nos definen y separan funcionan porque creemos en ellos. Así, los mayores se creen realmente grandes, y los menores, realmente pequeños. Y juegan el juego que les han impuesto, asumen sus papeles hasta que éstos cambian, los niños se convierten en mayores y éstos en ancianos o en cadáveres: y los ex niños se pelearán con sus hijos —o, lo que es peor, tratarán de comprenderlos, de rebajarlos aún más con la comprensión, tratando de juzgar a seres vivos de acuerdo con las medidas del cadáver de su propia infancia o juventud—, perpetuando el pesadísimo y reiterativo "conflicto generacional".

Tal división entre generaciones, entre chicos y grandes, se expresa y fomenta desde todos los medios de comunicación, desde la publicidad —reflejo del modelo de realidad que se nos quiere imponer— hasta la prensa y la cultura. Se nos impulsa, por un lado, a ser adultos —esto es, a asumir las responsabilidades y tareas que se han asignado a los adultos— y por otro a ser juveniles, alegres y alocados, que es lo que se nos cuenta que son los jóvenes. Se nos impulsa a preocuparnos y a no preocuparnos, se nos hace oscilar continuamente entre la sumisión del oficinista y la controladísima rebeldía del cantante de rock. Mensajes contradictorios sólo en apariencia, por-

que tienden a un fin común: hacer que los humanos jueguen como se les ha impuesto.

Hay que negar al adulto, hacer uso del derecho que utilizó Peter Pan y negarse a "crecer", porque crecer es aceptar un sistema de valores determinado que no nos conviene para nada. Pero quien esto haga, debe tener cuidado, y no quedarse en una falsa infancia. Quien mata al adulto mata también al niño. Ambos son valores ficticios, sin nada que ver con la vida verdadera: la solución no consiste en refugiarse en el opio de la falsa infancia mantenida artificialmente, en quedarse extasiado delante de los "jóvenes", admirándolos por el solo hecho de serlo. Son verdaderamente atractivos, algunas de las características que se atribuyen a los "jóvenes" en nuestra cultura: son delincuentes, asociales, drogadictos, enemigos del orden y de las buenas maneras, románticos, en una palabra. Por eso, muchos caen en la trampa de imitar ese modelo, sin darse cuenta de que es tan falso como el que rechazan; así hacen esas viejas que se pintan de colorines, como cadáveres maquillados, o esos ancianos que ciñen sus delgadas carnes en vaqueros ajustadísimos. Habría que intentar, a falta de otra cosa mejor, ser simplemente humanos, por el momento.

Ultimamente, según la prensa, el joven está lleno de maldad. Y ya no sólo el joven, sino también los niños, que por lo visto, desde los once o doce años, se dedican a robar, matar y violar, mientras se fuman porros enormes y se inyectan cantidades ingentes de heroína en sus bracitos frágiles, que conservan, sin embargo, fuerza suficiente para sujetar navajas. Peter Pan, en su faceta más salvaje y menos tierna, se ha hecho realidad en nuestros parques, y asalta en sus frondosidades a todos los capitanes Garfio que son los adultos. Adultos que, como en el caso de Garfio, reprimen, traicionan y castigan, impulsados un poco por la envidia, por la rabia que les da el no poder ser también ellos como niños: desde su reino imaginario de poder y responsabilidad, recuerdan también otro reino no menos imaginario: el reino de la omnipotencia del deseo. ■ EDUARDO HARO IBARS.